

JULIO CARO BAROJA, *Las brujas y su mundo*. Revista de Occidente, Madrid, 1961; 381 pp.

La hechicería, que en otros siglos tuvo tanta importancia en Europa, y que sigue teniéndola en otros continentes, ha desaparecido de nuestros ambientes cultos, pero perdura en algunas regiones más o menos aisladas —especialmente en medios campesinos— como producto de una mentalidad primitiva o infantil. ¿A qué se debe el fenómeno de la creencia en las brujas? El libro de Julio Caro Baroja, agudo e interesante como todos los suyos, es un intento de respuesta a esta pregunta. El autor se sitúa ante el problema como historiador, es decir, no como antropólogo, teólogo y psiquiatra, aunque utilice las conclusiones a que unos y otros han llegado desde su particular punto de vista.

Para aclarar conceptos y poder entrar en la explicación histórica de los problemas mágicos, expone Caro Baroja en su primer capítulo “una concepción primaria del mundo”. Estamos ahora tan habituados a la consideración científica de las cosas que se dan en nuestra existencia, que es preciso que se nos llame la atención sobre la significación vital, totalmente acientífica, que esas cosas tienen para nosotros aunque acaso no nos hayamos percatado conscientemente de ello. “El firmamento, la tierra, el sol, la luna, el día y la noche desde un punto de vista *científico* son una cosa. Desde un punto de vista *vital* son otra” (p. 21). Ciencia y Poesía. Desde ésta podemos llegar a la comprensión del mito como algo vital. Hallamos asociaciones como luna, noche y mujer (o mal), o sol, día y vida, fuerza y bien. Estas asociaciones no se hacen porque sí: responden a ciertas “simpatías” que el primitivo ve entre esas diferentes realidades. Las mencionadas (y otras, como cielo/paternidad, tierra/maternidad, etc.) constituyen la base del llamado “pensamiento mágico”, que el siglo XIX consideraba en general como pre-religioso, pero que, como demuestra Caro Baroja, no se puede separar a la ligera del verdadero pensamiento religioso.

En el mundo antiguo aparece la magia vinculada a las dos órbitas de la vida, la del bien y la del mal, órbitas que tienen un claro sentido religioso. Encontramos muy desarrollada la magia erótica. Hay divinidades ligadas al culto lunar, hay magas famosas como Medea, Circe y la Ericto de Lucano (magia amorosa), hay transformaciones como la que Apuleyo hizo célebre. También hallamos ya algunos autores escépticos que recomiendan a los campesinos no hacer caso de hechiceras y *sagae*.

Con el triunfo del cristianismo, las creencias paganas son definitivamente rechazadas, y los dioses asimilados a demonios. En adelante se castigarán a la par los actos de hechicería y el culto idolátrico. Ya entonces se plantea la cuestión de la realidad de las transformaciones mágicas: para San Agustín se trata de un ensueño imaginativo causado por el demonio; y dada la gran autoridad del santo, esta opinión influirá a lo largo de la Edad Media, en lucha con la creencia, muy común, en la realidad de esas transformaciones.

En el ámbito germánico se repite un poco la misma historia. Hay también brujas relacionadas con antiguas divinidades. El llamado *Canon Episcopi*, de origen incierto, pero conocido a partir del siglo XI, niega la

realidad de los "vuelos" brujeriles y otros actos, siguiendo a San Agustín. Pero pronto surge la relación directa entre brujas y demonio, la demonolatría, que se extiende rápidamente por toda Europa; y en seguida el *sabbat*, orgía de adoración al demonio, con burla del culto cristiano, bailes y obscenidades sin cuento. La palabra *sabbat* indica una confusión entre ese conciliábulo y las costumbres de los judíos. Sólo más tarde, en tierras vascongadas, el *sabbat* se llamará *aquelarre*, 'prado del macho cabrío' (el demonio solía presidir las reuniones en forma de macho cabrío, el Cabrón de nuestros viejos procesos: de ahí seguramente el significado peyorativo e hiriente de la palabra).

Estas creencias ensangrentaron a Europa. A lo cual contribuyó un libro, el *Malleus maleficarum* (1486), fruto de la experiencia de dos predicadores que habían dejado amarga memoria de sí en tierras de la Alemania meridional. El *Malleus* es el libro de la credulidad. Reeditado varias veces, hasta muy avanzado el siglo xvi, sentó autoridad en multitud de procesos.

La brujería cundió rápidamente por toda Europa, y en ello tuvieron gran parte los mismos procesos con que se la quería reprimir, los predicadores incautos, y también los libros de juristas y teólogos. Unos y otros despertaban la calenturienta imaginación popular en una época insegura y atemorizada. A veces parece que en la persecución intervinieron motivos políticos, odios entre familiares, etc. La confesión bajo tormento y las declaraciones de niños y personas enfermas se tomaban como pruebas irrefutables, y así la plaga se extendía. Como dice Caro Baroja, los jueces formaban parte del mismo mundo mágico que intentaban destruir. Obraba la delación, eje de todo el sistema. Porque más importantes que las creencias de los brujos en sí mismos eran las creencias que los demás tenían acerca de ellos.

No faltaron escépticos que lucharon contra la corriente. Así, casi al mismo tiempo que Pierre de Lancre hacía su "justicia" en el Labourd, en el siglo xvii, la Inquisición de Logroño tuvo que ocuparse de la cuestión de las brujas de Zugarramurdi, al otro lado de la frontera. En general, la Inquisición española se mostró muy prudente en todo lo que a brujas se refería. Uno de los jueces de Zugarramurdi fue don Alonso de Salazar y Frías, que en el proceso votó contra el parecer de sus colegas y contribuyó no poco a que en adelante la Inquisición se desentendiese de estas fantasmagorías. El verdadero papel de Salazar y Frías pasó inadvertido durante mucho tiempo, y un "ilustrado" como Moratín le hace todavía objeto de sus burlas, igualándolo con el común de los inquisidores. En cambio, lo que los liberales ponderaron fue un libro del jesuita alemán Friedrich von Spé (1591-1635), en el que se defendía la inocencia de la mayoría de los condenados en esos procesos. Caro Baroja nos habla de las opiniones más bien escépticas de Gassendi y Malebranche, para pasar después al Siglo de las Luces, en el que las viejas creencias acaban por desmoronarse.

A este resultado contribuyeron enormemente los artistas y los escritores. Hombres como el Bosco, seguramente místico en su intención, y otros pintores, los novelistas realistas, etc., lograron que la gente viera como ridículo lo que durante siglos había sido obsesión trágica. Ya to-

talmente incrédulo, Goya está en esta línea, pero sus obras nos resultan trágicas porque hay en él una como anticipación del hombre moderno.

Julio Caro Baroja dedica algunos capítulos al estudio en particular de la brujería vasca, y a la consideración crítica de algunas interpretaciones modernas del fenómeno. Disiente, por ejemplo, de la tesis sostenida por Margaret Murray y su escuela, que ve en el demonio medieval la pervivencia de un prehistórico dios cornudo. Estudia la actitud de algunos teólogos actuales y sobre todo de los psiquiatras, cuyos trabajos sobre brujos, jueces y testigos resultan altamente significativos.

Nada hay desdeñable en este apretado libro, denso de ideas y de base documental; nada, ni siquiera la humorada de comparar a la bruja antigua con el político moderno. . . (pp. 354-355).

ALBERTO GIL NOVALES

Madrid.

J. ALDEN MASON, *Folklore puertorriqueño. I. Adivinanzas*. Introducción de Aurelio Espinosa. 2ª ed. Instituto de Cultura Puertorriqueña, San Juan, Puerto Rico, 1960; 227 pp.

Esta colección de 800 adivinanzas con sus variantes, casi todas en verso, probablemente sigue siendo, como señala Espinosa en su Introducción (1916), "la segunda en importancia en Hispanoamérica" (la primera sería la de *Adivinanzas rioplatenses* de Lehmann-Nitsche, 1911).

Es lástima que en esta reedición no se haya revisado la publicación original tomando en cuenta lo que ya prometía en 1916 el propio Espinosa: "La falta de tiempo nos ha impedido hacer un estudio comparativo completo de las adivinanzas puertorriqueñas, pero éste se hará en el próximo número hispanico de esta publicación [el *Journal of American Folklore*]" (p. 14). Haría falta, también, una análisis general del material publicado.

La obra tiene cinco secciones: "Adivinanzas generales", "Adivinanzas que hacen uso de chistes y juegos de palabras", "Adivinanzas con problemas de aritmética", "Adivinanzas que contienen anécdotas o folklore" y "Adivinanzas sin contestación". No se trata de una compilación sistemática. La clasificación de las adivinanzas es confusa, sobre todo en la primera sección, la más importante de las cinco (núms. 1-573, o sea el 72% del material), donde se sigue el orden alfabético de las respuestas a las adivinanzas. El procedimiento, válido en principio, resulta ineficaz en una sección tan amplia y heterogénea. Este inconveniente se agrava con una serie de fallas que bien hubieran podido corregirse en la reedición: estrofas a las que se atribuyen dos sentidos distintos y que por ello aparecen en dos lugares diferentes (cf. núms. 25 y 32, 87 y 103, 270 y 344); adivinanzas que, aun teniendo idéntica respuesta, aparecen en diversos lugares de la sección (núms. 44 y 64, 143 y 357) o aun en secciones distintas (núms. 198 y 748); adivinanzas que se encuentran separadas por razones puramente ortográficas (v.gr. la que se refiere a 'achiote', pues unos informantes escriben *achiote* y otros *hachote*), a pesar de que Espinosa advierte que se ha corregido la ortografía (p. 16); y adivinanzas,